

Colección
Biblioteca recobrada – Narradoras chilenas

**GABRIELA MISTRAL,
REBELDE MAGNÍFICA**

MATILDE LADRÓN DE GUEVARA

**Gabriela Mistral,
rebelde magnífica**
Matilde Ladrón de Guevara

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Del prólogo © María Teresa Johansson

ISBN libro impreso: 978-956-357-552-1
ISBN libro digital: 978-956-357-553-8

Impreso en Santiago de Chile por A Impresores
Diciembre 2025

Directora editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diagramación interior
Gloria Barrios A.

Diseño de portada
Francisca Toral R.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

GABRIELA MISTRAL, REBELDE MAGNÍFICA

MATILDE LADRÓN DE GUEVARA

Prólogo de María Teresa Johansson

Con la colección **Biblioteca recobrada. Narradoras chilenas**, la Universidad Alberto Hurtado busca dar nueva vida a la literatura escrita por mujeres en Chile desde el siglo XIX, con obras hoy asequibles solo en antiguas ediciones e incluso casi inexistentes en las bibliotecas de nuestro país.

Esta selección de textos es apenas una contribución a la enorme reformulación crítica del canon y de la historiografía literaria, iniciada sobre todo por pensadoras e investigadoras que, a mediados de los años de la década de 1980, comenzaron a trabajar estratégicamente por una mayor visibilización de la escritura de mujeres en el campo cultural. Esta labor se lleva a cabo hoy a través de diversos esfuerzos académicos y editoriales, a los que nuestra casa de estudios busca contribuir.

Hemos seleccionado con este fin textos que consideramos atractivos para las y los lectores de hoy: desde novelas o cuentos a otras formas de relato de difícil encasillamiento genérico, debido al mismo lugar excéntrico que estas escrituras ocuparon en los campos culturales y en las inscripciones canónicas de su tiempo.

La colección busca facilitar el acceso a personas dedicadas a la investigación —y también a lectoras y lectores de diversas edades e intereses— no solo la materialidad de estos libros, sino también recobrar las voces, las subjetividades y mundos

imbricados en ellos, que se habían tornado opacos o inexistentes en un campo cultural misógino, indiferente e incluso hostil a la creación de las mujeres.

En cada volumen de esta colección colabora una escritora o crítica, con un prólogo que busca acercar al presente estas escrituras. A todas ellas agradecemos su contribución, así como al comité editorial de Literatura.

Escritura viajera y cartas de reparación

Maria Teresa Johansson

Matilde Ladrón de Guevara fue una destacada escritora chilena que nació en Santiago el año 1910 y murió el 2009, pocos días después de cumplir 99 años¹. Su vida se desplegó en el largo arco del siglo XX en distintos contrapuntos y combinaciones entre viajes y compromiso político. Escritora versátil y múltiple destacó como narradora, poeta y cronista que atendió problemáticas de género en su escritura. Incluida entre las autoras de la denominada generación de los cincuenta, la figura de Matilde Ladrón de Guevara compartió la escena literaria desde una posición singular y, en ocasiones polémica, con Mercedes Valdivieso, Elisa Serrana, Marta Jara, Stella Díaz Varín, varias de ellas publicadas en el catálogo de la colección de la Biblioteca Recobrada. Alentada por las velocidades del siglo, Matilde Ladrón de Guevara fue una mujer activa, inteligente y energética, que viajó por distintos países, desplegó dotes de diplomacia

¹ Agradecimientos al Proyecto Fondecyt 1240849 y a Jonathan Salas Yáñez por su acuciosa investigación en el archivo de Matilde Ladrón de Guevara.

cultural y asumió diversas posiciones de enunciación en un escenario geopolítico mundial configurado bajo el ímpetu y los signos de su tiempo.

En un rumbo propio, Matilde Ladrón de Guevara realizó estudios de ciencia política y literatura en las universidades de Chile, Católica y La Sorbona en París. Manifestó desde temprana edad una inquietud intelectual junto a la determinación para proseguir un camino de formación académica que pocas mujeres de ese periodo transitaron. Su producción literaria destacó por la perspectiva vinculada a las ciencias sociales y políticas, cuya pertinencia y valoración se incrementó en la década de los sesenta cuando se demandaba una escritura con incidencia social y llegada a los públicos masivos. Antes de ese tiempo, la autora desplegó su potencialidad en el periodismo, fue correspondiente para la revista *Ecran* en Hollywood, y colaboró con los medios *La Nación* de Buenos Aires, *El Mercurio* y *Zig-Zag* en Chile, entre otros. Muy activa en sus posiciones feministas, durante la década de 1940 integró el Partido Femenino, y en los años posteriores participó del entorno cultural chileno como miembro y representante de la Sociedad de Escritores de Chile, disputando espacios que eran preferentemente masculinos. Su primer libro de poesía *Amarras de Luz* (1948) contó con un prólogo de Pablo Neruda, con quien mantuvo una relación de amistad muy cercana y compartió tareas en la SECH.

Matilde Ladrón de Guevara tuvo convicciones férreas y fue reconocida por su carácter apasionado y valiente. Energética, incansable, vehemente, se desplazó por el mundo y escribió lo visto y lo vivido. A partir de la década de 1960, su escritura fue prolífica y dedicada en parte a elaborar temas políticos en los álgidos contextos latinoamericanos, siempre guiada por una orientación asociada a la segunda ola feminista. Este prisma de género aparece en la novela *Madre soltera* de 1966, que elabora

los dilemas de la maternidad con tratamientos rupturistas para la época, y también en *Muchachos de siempre* de 1969 que tematiza la homosexualidad masculina. Además de hacerse un lugar en la literatura situada en escenarios chilenos, estos años fueron fundamentales para sus desplazamientos a nivel latinoamericano y mundial.

En las distintas etapas de la trayectoria vital de Matilde Ladrón de Guevara, los viajes fueron recurrentes. Su marido, Marcial Arredondo, con quien se casó en 1932, era aviador y gerente en la Línea Aérea Nacional, lo que colaboró a que su vida estuviera progresivamente unida a los viajes. Estas experiencias significativas ampliaron su visión de mundo y tuvieron un efecto motivador en el deseo de escribir; también fueron la materia prima de una parte significativa de su producción literaria y fomentaron su integración en redes culturales. En un epílogo a una carta dirigida a Gabriela Mistral en Santiago, antes de la Navidad del año 1951, escribe: “Tengo ganas de viajar, esta mañana me sorprendí en Air France haciendo girar un globo-mundo entre mis manos y preguntando el valor de ‘esa vuelta al mundo’. ¡Qué bella locura sería!” (157). Parecería que estas palabras tuvieron una cualidad premonitoria pues durante el siglo XX, la ampliación de las rutas comerciales aéreas también acrecentó los destinos para Matilde Ladrón de Guevara. Una serie de crónicas y escritos de memoria documentan sus tránsitos por Alaska, Medio Oriente y Asia, en un itinerario desde Egipto a Japón, con paso por Pakistán, India, Birmania y Tailandia. En la crónica publicada en *La Nación* sobre Pakistán, ella misma se excusa por utilizar un relato de las impresiones escrito “al pasar por estas tierras a velocidad que no permiten un estudio profundo”. En esta década también abordó con interés distintas realidades políticas latinoamericanas mediante una escritura de carácter documental. Ejemplares fueron al respecto

el libro de crónica autobiográfica *Adiós al Cañaveral* (1962) y su novela *En Isla de Pascua los moai están de pie* (1969). En el marco de las iniciales políticas de diplomacia cultural hacia Cuba, en calidad de presidenta del Instituto chileno-cubano de cultura, Matilde Ladrón de Guevara visitó la isla para el primer aniversario de la revolución y vivió una experiencia no exenta de complejidad tras pasar algunos días detenida; en esa residencia observó y participó del proceso revolucionario, fue testigo de la invasión a Bahía Cochinos y también conoció a Ernesto Che Guevara con quien tenía un vínculo familiar lejano. En 1967 Matilde visitó Rapa Nui, el mismo año en que el Gobierno de Eduardo Frei Montalva promulgó la Ley Pascua que otorgó ciudadanía y anexó administrativamente la isla al continente a raíz del levantamiento popular de 1964 impulsado por su alcalde y profesor Alfonso Rapu. Este fuerte componente documental está en la base de la novela *En Isla de Pascua los moai están de pie* (1969), inspirada en Alfonso Rapu y en el movimiento de reivindicaciones de los habitantes de Rapa Nui, ficcionalizado bajo la figura heroica de Tunkura. Con un inconfundible ímpetu vitalizador, Matilde Ladrón de Guevara afirmó la voz de las mujeres y de las minorías y luchó por su injerencia política y cultural. Fue a todas luces una escritora que se comprometió con el ideario de la justicia social y desde esta posición apoyó al Gobierno de la Unidad Popular.

Tras el inicio de la dictadura en Chile, se abocó a la escritura de denuncia de la represión y de las violaciones a los derechos humanos. En este contexto, sus viajes difícilmente pueden denominarse como tales porque pierden el cariz de un ejercicio de la voluntad libre y pasan a ser desplazamientos forzados por las circunstancias; en los setenta, debido a los años de exilio pasados en Argentina entre 1974 y 1979; y más tarde, en la década de los noventa, fue compelida a realizar traslados a Perú

para efectuar visitas carcelarias a su hija Sybila Arredondo, viuda del escritor peruano José María Arguedas, condenada a catorce años de prisión sin juicio legítimo por apoyar al movimiento Sendero Luminoso. Con las fuerzas consumidas por esta larga lucha que implicó hasta una huelga de hambre, la escritora alcanzó a ser testigo de la liberación de su hija. La imagen del reencuentro con una hija envejecida por las condiciones carcelarias quedó plasmada en la memoria de los televidentes chilenos el año 2002. En estos nuevos escenarios sociopolíticos, la demanda por una literatura de compromiso público, denuncias y disputas por justicia fue su derrotero. Durante la dictadura, Ladrón de Guevara publicó *La ciénaga* (1975), *Destierro* (1983) y en la vejez dio a luz las obras *Sybila, canto grande* (1988) y *Por ella: Sybila. Viuda de José María Arguedas* (1995), libros en que se volcó a denunciar las condiciones de la prisión de su hija. Al mismo tiempo abogaba por su liberación a través de cartas dirigidas a las autoridades de ambos países que incluyeron a los presidentes de cada país. En los años 2006 y 2008, acercándose a los cien años, Matilde Ladrón de Guevara fue candidata al Premio Nacional de Literatura, reconocimiento que no obtuvo y que, vale recordar, desde el año 1942 hasta nuestros días, solo han recibido cinco mujeres. La primera, Gabriela Mistral, tras una fehaciente lucha por el reconocimiento y la reparación sostenida por la propia Matilde Ladrón de Guevara.

En esta larga biografía, el libro *Gabriela Mistral, rebelde magnífica* —inicialmente autopublicado en Chile en 1957— puede considerarse precursor de una vasta obra posterior, memoria de la relación de amistad y denuncia contra la discriminación y la falta de reconocimiento nacional a la poeta premiada con el Nobel. Se trata de un libro incómodo, incisivo, franco, que tuvo que esperar tres décadas hasta ser divulgado por todo el país como separata de la revista *Hoy*. Un libro que, según prologó

el poeta uruguayo Carlos Sabat, es simultáneamente cordial y colérico “como la voz de un volcán en reposo”.

Durante la agonía de Gabriela Mistral, Matilde Ladrón de Guevara concibió este libro como una forma de aproximar la figura de Mistral al pueblo chileno mientras permanecía en Buenos Aires y acababa de releer y de ordenar la correspondencia epistolar que ambas sostuvieron durante varios meses. En una carta enviada a Doris Dana el 24 de enero de 1957 desde Santiago, le cuenta: “Estoy escribiendo un libro de ‘aspecto humano’, de todo lo que sentí y recogí en esos esplendidos días de Rapallo y de Florencia. Tengo las cartas de Gabriela que sabré aprovecharlas en beneficio del genio de escritores (...). Estoy trabajando en recuerdos de Gabriela y en el libro (si logro terminarlo y en una buena forma) dedicaré más de algún capítulo a tu personalidad, a tu bondad y abnegación. No podría ser de otro modo, pues amo la justicia por sobre todo”.

En el primer apartado del libro, Matilde revive los días transcurridos junto a la hija Sybila como huéspedes de Mistral en su casa de Rapallo. Transcurren los meses de la primavera europea de 1951 y Matilde ha llegado de forma fortuita a la casa de Gabriela. En un recorrido por la zona, su amiga le dice: “Aquí vive Gabriela Mistral”. Ante su casa, una villa que tiene un escudo chileno y es el consulado, sin dudarlo Matilde va a su encuentro —o a su reencuentro— para consolidar desde ese día una intensa amistad y una relación de confianza mutua que este libro narra de forma transparente, grácil, pero también efervescente y vigorosa. El tenor de las páginas que recrea la relación de amistad aúna la memoria y la imaginación, impregna en su estilo documental matices de ficcionalización pero que según la autora es “un libro que no pretende hacer literatura”. Sin seguir orden cronológico, Matilde se permite reconstruir diálogos a partir de apuntes, que no grabaciones, recomponer

recorridos, describir impresiones, incorporar las notas escritas por su hija; es decir, indagar libremente en la impronta del recuerdo que ha quedado fijado por intensidades afectivas que lo vuelven indeleble.

Las páginas iniciales recuerdan el día en que se conocieron en Estados Unidos, cuando Matilde llegó a su casa en Monrovia para realizar un reportaje². La narración del trayecto de ambas en un automóvil por las carreteras de Los Ángeles, cerca de Hollywood —una suerte de *road movie*— deja ver una incipiente cercanía mediada por los intereses cinéfilos compartidos y la condición vital de movimiento permanente que ambas compartirán durante toda su vida. Esta narrativa tiene una nitidez que no se empaña por el velo de una rememoración incierta, más bien considera la observación atenta de la vida diaria que entrega la impresión de una película documental compuesta de distintas escenas, paseos, pasajes, voces de conversaciones vividas en una cotidianidad compartida. La pregunta de la autora es certera: “¿Por qué recuerdo con más claridad lo intrascendente que aquellas, sus frases bíblicas y profundas, llenas de consejos o de anhelos insatisfechos?”. En estas páginas, un montaje de cuadros se sucede, breves y presurosos, narrados a través de una escritura testimonial penetrada por el lenguaje poético.

La semblanza de Gabriela Mistral que ofrece Matilde se compone de varias caras. Su retrato muestra a una intelectual humanista con vocación social, interesada en conocer el desarrollo de la industria cinematográfica y el ámbito editorial en Chile, y convencida de la necesidad de impulsar nuevas políticas públicas orientadas a la protección de la infancia. Asimismo, otra faz, prioritariamente explorada en el libro, expone la imagen de una

² La nota de esa entrevista, lograda tras franquear dificultades, fue publicada en *El Mercurio* en la primavera de 1946.

sensibilidad alejada de la vida práctica y doméstica encarnada en un cuerpo que soporta el malestar, al que la salud le es esquiva y que, pese a la adversidad, mantiene un carácter alegre y jovial. Matilde sabe muy bien ante quien está y, en distintas ocasiones, la presencia y la palabra de Gabriela desplaza el material narrativo desde los afanes de este mundo hacia “el trasmundo”.

Bajo estos ángulos de observación, la imagen de Gabriela se humaniza en un sentido profundo y diverso. En un desgarrador contexto mundial de guerra y amenazas —en el que Mistral se ha erigido como una figura del pacifismo— hay espacio para describir las dolencias al corazón y la falencia de la visión, junto al proceso creativo de escritura de lo que será su libro póstumo *Poema de Chile*. Sintomáticamente, Chile es parte del núcleo argumental de estas páginas que también pueden interpretarse como un diálogo en el que elabora una cura de la relación dañada con la nación chilena, daño provocado por el desprecio y la injuria. El recuerdo de su quiebre con Chile, la ruptura de relaciones, el agravio de “descastada”, el lugar incómodo, la acusación de haber sido obligada y forzada a salir de Chile. Estos elementos han configurado, como lo sostiene Matilde Ladrón de Guevara en una entrevista, “un trauma” para la poeta galardonada por el Nobel que es necesario resarcir. La tarea será entonces transformar este dolor en una nueva relación reconciliada con el país.

La dinámica de estos días incluye paseos acompañados de un afán de colecciónismo de cervatillos y escenas mundanas como la prueba de un vestido en la ciudad de Florencia y el paso por el puente Vecchio mientras conversan sobre historia del arte. En otra escena, Gabriela y Matilde visitarán a Giovanni Papini quien reconoce la humildad y la falta de proclama del propio mérito en la poeta galardonada por el Nobel, preocupada por atender las carencias y enfermedades de los demás: “desde que

fui maestra rural, yo hacía de médica yerbatera de mis aldeanos. Ahora lo hago con mis literatos”, le dice a Matilde.

Las identidades de estas mujeres se van encontrando paulatinamente en la cercanía de los días y en la conversación que se reconstruye como si estuviéramos escuchándolas en tiempo real y no en la rememoración de sus fragmentos. Mistral abre su intimidad, comparte los recuerdos de infancia, en la acequia aferrada a las ramas del sauce, y Matilde recupera esos diálogos en un tono confesional “ahora que trato de recordar sus recuerdos”. A lo largo del libro, Mistral insistirá en su carácter de vagabunda y expatriada a causa del maltrato, también en su condición de “vieja querendona” alicaída y golpeada por el duelo tras la muerte de Yin Yin.

La amistad se acrecienta mientras se comparte el agrado implícito de la mutua condición de huéspedes que ambas comparten. Esta reciprocidad femenina en la intimidad de la casa se extiende a un círculo más amplio de mujeres, porque junto a Matilde y Gabriela están Sybila, Doris y la secretaria ítalo chilena que en ocasiones la reemplaza. Un mundo de mujeres en un hogar que tiene un temple de armonía y de cuidado provisto por quienes asisten y acompañan. Son los inicios de la década de 1950 y la joven Sybila ha viajado con su madre a Europa. En este círculo íntimo, ella irradiia una presencia liviana e inteligente y tras la partida de su madre, la joven permanece por más tiempo en casa de Gabriela. De estos días, Sybila da noticias a su madre en una carta en la que refiere el reportaje aparecido tras la visita que Gabriela y Matilde hicieron a Giovanni Papini; en la nota un reportero ha descrito a la madre como “vivaz periodista que recorre el mundo en líneas aéreas” a lo que acota “también ella es poetisa, no célebre aún, pero puede serlo”. Nada hace presagiar en esas vacaciones burguesas el destino trágico de Sybila y su gravitación en los últimos veinte años de vida de Matilde Ladrón

de Guevara. Pero falta mucho para estos acontecimientos, estamos en 1951, la madre y la hija de esta familia de élite se hallan de viaje por Europa. En esos años, también Doris Dana es una joven y brillante profesora de latín que recientemente ha comenzado sus labores de secretaria de Gabriela Mistral. Doris sale de viaje, vuelve, cuida de la salud de Gabriela, maneja el automóvil, acompaña en los paseos. Nada hace presagiar tampoco que esta mujer inteligente, activa y diligente será la gran albacea del legado de Mistral, quién tomará importantes y generosas decisiones sobre el destino de su obra y la entregará al Estado de Chile. Tampoco se augura una polémica y un distanciamiento entre ella y Matilde Ladrón de Guevara por la publicación temprana y sin autorización de las cartas de la poeta apenas fallecida, una de estas dirigida a otros destinatarios como es el caso de la que escribe a sus amigas cercanas tras la muerte de Yin Yin y que integra un fragmento de este libro. Matilde no es ciega respecto de su transgresión y tiene conciencia del arriesgado gesto de publicar estos escritos. Podríamos especular que Gabriela Mistral no hubiera querido exponer tan temprano su mundo privado, pero Matilde consideró que era necesario y siguió adelante con la vehemencia que la caracterizaba: corrió el riesgo de doblegar la voluntad ajena, porque consideró que existía un bien mayor, en las antípodas de una crítica a la ganancia de notoriedad. Las palabras de la autora son explícitas respecto de su cometido, para ella la motivación de este libro radica en la necesidad de acercar a Gabriela Mistral al pueblo de chileno y develar la injusticia que se ha cometido en su contra. Matilde Ladrón de Guevara expone cómo ella fue la gestora de la reparación hacia la poeta y de la restitución de su figura en Chile: a este acontecimiento que configura la trama dramática, la propia Mistral lo denomina su “resurrección” en el país, de la que Matilde Ladrón de Guevara ha sido la principal artífice.

La segunda parte del libro contiene la transcripción de la correspondencia entre las autoras e incorpora algunos documentos como el mensaje de Gabriela Mistral sobre los derechos humanos leído el 10 de diciembre de 1966, y una elegía a su figura *post mortem* escrita por Matilde Ladrón de Guevara que integra referencias a la obra poética. La correspondencia permite auscultar los alcances de esta relación epistolar en su diálogo diferido, en las respuestas dilatadas y en el testimonio de una relación que no se despoja de un sentido de irrealidad que acompaña la escritura de Matilde: “si no fuera porque le estoy escribiendo creería como espejismo esta amistad previa”. Aparece entonces la fascinación que, según Patrizia Violi, produce la lectura de toda correspondencia derivada “de su carácter de ‘umbral’, de su colocación en el ambiguo punto límite que separa la interacción, el intercambio dialógico con el otro, de la soledad autosuficiente de la escritura” (87).

Las cartas trasuntan sensibilidad literaria, también solidaridad y compromiso bajo un tenor de pasión. La correspondencia evidencia la forma en que Matilde se autoimpuso la tarea política y cultural de reparar el daño que alejó a Mistral de Chile, y de paliar las desastrosas consecuencias de la tardía entrega del Premio Nacional a Gabriela Mistral para allanar su reconciliación con Chile. Esto es para ella “pedir justicia” y es la tarea a la que se encomienda en los meses finales de 1951, al tiempo que termina su primera novela *Mi patria fue su música*. En las cartas dirigidas a Gabriela, Matilde vuelve a subrayar que en la actualidad nuevas generaciones reivindican su figura en el ideario de la nación y le rinden homenaje, que la Sociedad de Escritores de Chile es un gremio que la necesita, la reconoce y que los personajes “odiosos” de antaño han perdido su lugar y no dominan el campo literario. Las cartas de Matilde dan cuenta de su empeño por lograr el Premio Nacional como un

galardón de reparación y también como evidencia de un *mea culpa* nacional. “La Sociedad de Escritores de Chile ha dado los primeros pasos para que se haga justicia”. Significativa es la mención a un clásico universitario en el que se vocifera y alaba a Mistral como un ícono nacional masivo. “La tengo a usted de moda y no se habla de otra persona”. Se despliega así la figura de Matilde como gestora cultural y política, relevante figura de la diplomacia cultural que usa sus redes para garantizar apoyos en el Senado y la Presidencia para el logro de su objetivo: aumentar el monto del premio mediante la firma presidencial, una cuestión que si bien Matilde logra, luego Mistral desaprueba y destina el dinero a la donación de libros en la Biblioteca de Montegrande. Durante estos meses Matilde persevera en las políticas de reparación y su trabajo continúa hasta lograr una ley que entrega a Mistral el estatus de cónsul vitalicio, donde fuera que ella residiera. Aparecen en estas lides Juan Guzmán Cruchaga, Radomiro Tomic, Laura Rotrig, entre algunos de los admiradores. Mientras esto ocurre en Chile, Mistral sigue mudanza tras mudanza entre Florencia, Sicilia y Nápoles en busca de una casa confortable y tibia para pasar el invierno a la espera de la visita de Alone. Matilde recibe el aliento de Mistral para la lectura y la escritura literaria y es solícita para gestionar el envío de algunos libros de geografía, flora y fauna para el proceso de escritura, junto con la suscripción a *Ercilla* que Mistral pide, a lo que suma también un cargamento de papayas. Ese año Mistral continúa en su recorrido espectral e imaginario por el territorio de Chile desde el desierto hasta los fiordos, y anota Matilde: “Yo tuve el privilegio de escucharle de viva voz el Romance Criollo de Chile”.

A lo largo de esta correspondencia, Matilde se convierte en confidente, recadera, e informante y no deja de insistir majaderamente en su venida para la recepción del premio: “Gabriela,

amiga mía, venga. Se lo pido como chilena, como madrina del sentimiento nacional”. Pero Gabriela se niega por problemas de salud. A medida que crece el vínculo, Matilde se acerca a Gabriela, utilizando el apelativo de “hermana” en el nombre de la destinataria de las cartas. Finalmente, ante la inminente ceremonia del premio, el logro de este reencuentro entre Gabriela y el país es motivo de celebración para Matilde, la fiesta se prolonga hasta el amanecer y la escritura es elegíaca: “Gabriela, ¡rebelde magnífica! que al fin acepta el retorno a su patria”.

Este libro inició una nueva forma de leer a Gabriela Mistral, contraria a los discursos dominantes que, según Raquel Olea, “no pudieron o no se dieron el trabajo de pensarla y aceptarla en su complejidad y la potencia de su pensamiento y disidencias” (205). Matilde Ladrón de Guevara resignificó tempranamente la figura de Gabriela Mistral al recuperarla como una poeta con preocupaciones políticas de carácter internacional, defensora de un pensamiento social y americanista. El libro fue el primero de una serie de títulos que compilan la correspondencia de Mistral, como *Niña errante*, cartas enviadas a Doris Dana, recopiladas por Pedro Pablo Zegers (Lumen 2009); *Esta América Nuestra: Correspondencia 1926-1956* entre Gabriela Mistral y Victoria Ocampo editadas por Elizabeth Horan y Doris Meyer en El cuenco de plata, 2007; *El ojo atravesado. Correspondencia entre Gabriela Mistral y los escritores uruguayos*, a cargo de Silvia Guerra y Verónica Zondek (Lom, 2017) o la reciente compilación de Gladys González *Los seres buenos se hacen mejores con el dolor, los malos nos hacemos peores. Cartas de amor 1905-1956* (Ediciones del Cardo, 2005) que incluye correspondencia con Yin Yin, y Palma Guillén. En este diálogo literario con las nuevas lecturas críticas y los actuales trabajos sobre el archivo epistolar reside el valor de la recuperación de *Gabriela Mistral, rebelde magnífica* y la contemporaneidad de la escritura de Matilde Ladrón de Guevara.

Bibliografía

- Ladrón de Guevara, Matilde, 1910-2009. *[Carta] 1957 ene. 24, Santiago de Chile [a] Doris Dana, Nueva York, Estados Unidos [manuscrito] Matilde Ladrón de Guevara.* Archivo del Escritor. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile
- Olea, Raquel, *Variaciones. Ensayos sobre literatura y otras escrituras.* Santiago, Cuarto propio, 2019.
- Salas, Jonathan. *Matilde Ladrón de Guevara desde su producción escrita: archivo epistolar, redes, producción y circulación literaria 1946-1973.* 2025. Tesis para optar al grado de Magister en Literatura Latinoamericana, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2025.
- Violí, Patrizia. “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”. *Revista de Occidente*, Nº 68, 1987, pp. 87-99.